

# El sentimiento cosmovital en las poesías de Lizardi

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

El filósofo alemán Max Scheler entiende por «fusión afectiva cosmovital» la identificación que se efectúa entre la sensibilidad humana y la Naturaleza cuando sabemos considerar a ésta de un modo totalmente desinteresado. Nadie mejor que San Francisco de Asís, en su *Cantico al Sol*, supo expresar la hermandad existente entre el hombre y los seres y elementos del entorno cósmico. Ya, en tiempos lejanos, el Salmista ensalzó al hombre como parte integrante del orden creado, viendo la posición encumbrada que ocupa en la jerarquía de los seres: *Minuisti eum paulum minus ab angelis* (1). En cuanto a J. J. Rousseau, en sus *Rêveries d'u promeneur solitaire*, escritas en la mejor prosa francesa, se place en destacar la virtud cártica, purificadora, que representa el contacto con la Naturaleza, cuando sabemos considerarla en su exuberancia vital. En ella hallaba Tolstoi la mejor compañía, su verdadera amiga, en todo momento capaz de consolarnos, pues siempre está a nuestro alcance. (2)

P. Teilhard de Chardin afirma una y otra vez que el cosmos hubiera sido incapaz de dar cabida al hombre si tan sólo estuviese integrado de materia. Hay que reconocer, por lo tanto, que su urdimbre es de orden psíquico, espiritual (3). También insiste Julián Hux-

---

(1) Una exacta versión euskérica del salmo 8, en que se hace un recuento de los seres de la Creación, viéndole al hombre en la cúspide de todos ellos, puede verse en *Salmudia* de Zugasti-Kerexeta, p. 12 y 13, San Sebastián, 1968.

(2) Sobradamente conocidos son los versos de Fr. Luis de León, cuyo título es *Vida retirada* y que sirven para señalar todos los beneficios que proporciona el contacto directo con la Naturaleza, «lejos del mundanal ruido». Una hermosa versión euskérica de esos versos, y muchos otros, de Fr. Luis de León y de Fr. Juan de la Cruz, ha sido efectuada por Gaztelu en su *Musika izilla* y publicada por la Edit. Auñamendi.

(3) He aquí las propias palabras de Teilhard de Chardin: «Le cosmos

ley en el hecho de que a partir del paleolítico superior, ya no hubo en el hombre evolución de tipo orgánico, sino que, desde entonces, todo avance ha sido y es de naturaleza psíquica, es decir, mental y moral. De ahí se sigue que las representaciones humanas del mundo, por muy imaginativas o míticas que hayan sido, pertenecen a un «cosmos personalizado», es decir, consciente, a través del hombre, de su realidad dinámica y vital (4).

Dominados por lo que Ortega y Gasset denunciaba como «la barbarie de la especialización», carecemos actualmente de una sana filosofía e incluso de cierta sensibilidad ante el misterio del orden creado. Nos sentimos incapaces de ver en él «un pensamiento no pensante que pende de un Pensamiento pensante», según la expresión del filósofo francés Jules Lachelier (5). Por otra parte, hay que reconocer que, además de las «ideas claras» de Descartes, existen «las razones del corazón» de Pascal. Se trata, según Santo Tomás, de un «conocimiento por connaturalidad», denominado por Henri Bergson «conocimiento por simpatía», el cual, en última instancia, nada es

---

serait incapable de contenir l'homme s'il était à base de matière. Donc pouvons-nous conclure (et ceci est le premier pas), il est, dans l'intime de lui-même, «d'étoffe spirituelle». *L'Energie humaine*, p. 15, París, 1957. Debido a esa contextura psíquica del Universo en su íntima profundidad, hay que reconocer que la meta de la evolución no es acumular energía mecánica, sino dar rienda suelta a energías que conducen al hombre a ser cada vez más persona: «Un Univers, bien défini dans sa résultante, va se construisant sur nos têtes, en sens inverse d'une matière qui s'évanouit: Univers collecteur et conservateur non pas de l'Energie mécanique, comme nous le pensons, mais des Personnes». *Le Phénomène humain*, p. 302, París, 1940.

(4) Julián Huxley: «Ambos (Teilhard de Chardin y yo) estamos de acuerdo para pensar que en el curso de millones de años necesarios para transitar de lo subhumano a lo humano, el hombre había tenido que franquear un umbral crítico, abandonando la lenta etapa biológica de su evolución, para alcanzar una nueva fase psíquica y social más rápida y dirigida por las fuerzas del espíritu. En esta nueva fase, los cambios se efectúan en el terreno de las ideas, las culturas y las instituciones, mucho más que en el de su constitución genésica». Prólogo de Julián Huxley en la obra de George Barbour: *Teilhard de Chardin sur le terrain*, p. 8, París, 1965.

(5) Según Jules Lachelier, la verdadera filosofía de la Naturaleza viene a ser «un realismo espiritualista, ante el cual todo ser implica una fuerza y toda fuerza supone un pensamiento que tiende a una conciencia cada vez más plena y lúcida... El subordinar el mecanismo a la finalidad, nos induce a someter la finalidad a un principio superior que alcanzamos por un acto de fe moral, gracias al cual franqueamos los límites del pensamiento y de la materia». *Du fondement de l'induction*, p. 101-102, París, 1907.

sino una valoración de la facultad intuitiva de la razón humana ante los hechos concretos que le brinda el orden creado (6).

Valiéndose de procedimientos imaginativos, los mitos han sabido intuir el fondo dinámico del mundo que habitamos. Y es que la mente humana no podía permanecer indiferente ante la Naturaleza, y en ella, de un modo muy concreto, ese renacer cíclico de su vitalidad, del cual todos los seres dependen para su subsistencia. Uno de los mejores conocedores de la civilización caldea, Georges Contenau, afirma que cuanto más se penetra en las culturas propias de esa civilización, más palpable resulta que sus más arcaicas divinidades corresponden al fenómeno universal de la fertilidad (7). Lo mismo podría decirse de las demás civilizaciones del mundo euroasiático. Y si nos fijamos en los caracteres más destacados de Yahvé, veremos que sus promesas en favor del pueblo hebreo tenían mucho que ver con los bienes de la tierra: «Te amaré, te bendeciré y te multiplicaré; bendeciré el fruto de tus entrañas y el de tu suelo; tu trigo, tu mosto, tu aceite, las crías de tus vacas, las de tus ovejas, en la tierra que a tus padres juré darte. Serás bendito entre todos los pueblos; no habrá estériles en tus ganados. Yahvé alejará de ti las enfermedades y no mandará sobre ti ninguna de las plagas de Egipto» (8).

Los pueblos agricultores no podían evitar de ver nuestro planeta

(6) La definición que Henri Bergson da del «conocimiento por simpatía» es la siguiente: «Yo entiendo por intuición un apego intelectual, gracias al cual nos introducimos en la intimidad de un objeto para coincidir con lo que en él es único e inexpressable, mientras que el análisis racional equivale a una operación que reduce el objeto a ciertos elementos comunes, más o menos pertenecientes a otros objetos». *Revue de Métaphysique et de Morale*, Janvier 1903, p. 17. Caso típico y mil veces beneficioso del «esprit de finesse», a base de conocimiento por simpatía, tenemos en el descubrimiento de la penicilina por Fleming. Actuando en un sentido marginal al gran equipo de investigadores capitaneados por Wright, llegó a dar una importancia excepcional a lo que para sus compañeros de laboratorio venían a ser experiencias fallidas. Si «dio en el clavo», no fue por puro azar, ya que «el hado, según Pasteur, favorece tan sólo a los espíritus preparados». No sin ironía, el gran Fleming solía decir: «De todos modos, las esporas no se pusieron de pie encima de la gelosa para decirme: Oiga, nosotros producimos una sustancia antibiótica». André Maurois, *La vida de sir Alexander Fleming*, p. 143, vers. esp. Barcelona, 1967.

(7) Georges Contenau. *La civilisation d'Assur et de Babylone*, p. 85, París, 1937. «Nunca se insistirá demasiado en la importancia que adquirió en Sumer el culto de los principios de fertilidad y fecundidad. Cuanto más se sube en el tiempo, más fuerte es la traza de las divinidades que responden a ese concepto. Casi todas las divinidades de la antigua ciudad de Sumer, son encarnaciones de las energías reproductoras».

(8) *Deuteronomio*, 7, 13-15.

sino en trance de gestación, produciendo cada año frutos de todo género, e interpretaron esa acción providencial con imágenes antropomórficas. Les resultaba difícil distinguir los diversos planos del orden creado, no sólo porque carecían de la facultad reflexiva necesaria para ello, sino también porque una misma ley, con modalidades variadísimas, preside a la multiplicación de todos los seres. Teniendo en cuenta ese hecho, cabe admitir el aforismo de Maurice Blondel: «Tout tient à tout», así como el Teilhard de Chardin: «Tout tient par le haut». Y es que nuestro mundo se halla íntimamente trabado y entrelazado por una energía creadora que lo abarca todo (9).

La visión vitalista del Universo responde a la conciencia de su unidad global. Esa intuición básica dio nacimiento a «una edad de la inteligencia», la de la era neolítica, que perdura en amplias zonas de nuestro planeta. Esa forma mental ha sido fuente de inspiración para los mejores artistas, entre los cuales no podía faltar Lizardi, nuestro más celebrado poeta (10).

## SAGASTI-LORE

Decir del hombre actual que sólo sabe contentarse con ideas generales, sería pura presunción. Las revistas gráficas, las emisiones de radio y televisión y, sobre todo, las películas de cine, poco contenido cultural o científico encierran, ya que situándose al margen de toda preocupación pedagógica sólo se complacen en temas sensuales o de falsa ensoñación. Prescindiendo de todo cuanto en nuestro ambiente pertenece a simple explotación comercial de lo erótico, vale más dirigir la atención al ámbito poético cuyo estro, en muchos casos, coincide con los temas de las mitologías propias de las religiones na-

(9) Con relación al cosmos, «no debemos representarnos al ser humano como una forma reducida (cuantitativamente) de la Realidad total. Precisamente lo contrario debe ser aceptado: lo Personal es el estado más elevado bajo el cual podemos concebir la urdimbre del Universo». *Science et Christ*, p. 177, París, 1936. Esas palabras encierran la convicción de que «sin salir de la física, se llegará a integrar al hombre en una visión coherente del mundo». El hombre del neolítico lo hizo a su manera y según sus posibilidades. El hombre del porvenir habrá de hacerlo si quiere sobrevivir.

(10) Según Mircea Eliade, hoy comprendemos algo de lo que en el siglo XIX ni siquiera podía presentirse, a saber, que símbolo, mito, imagen, pertenecen a la sustancia de la vida espiritual. «El etnólogo de hoy ha comprendido la importancia que el simbolismo tiene para el pensamiento arcaico, y a la vez su coherencia intrínseca, su validez, su audacia, su «nobleza». *Imágenes y símbolos*, vers. esp., p. 11, Madrid 1958.

turalistas. Y es que si los grandes pensadores, desde Platón y Aristóteles, supieron establecer las bases de una visión conceptualista del mundo que habitamos, los poetas se han complacido en destacar la íntima compenetración de energías calladas que, inexorablemente, actúan en beneficio de la vida en general (11).

Si nos fijamos en un exquisito poeta como Théophile Gautier, veremos que, en un soneto dedicado al despertar de la primavera, lo descubre en el mes de marzo, como una sonrisa de la madre tierra, dispuesta a revestirse, en los meses venideros, con todas sus galas:

*Tandis qu'à leurs oeuvres perverses  
Les hommes courent haletants,  
Mars qui rit, malgré les averses,  
Prépare en secret le printemps.*

Comienzan a brotar las primeras florecillas en los bosques y en los prados, mientras gorjean y revolotean los pájaros. Y ya cuando marzo ha asegurado las premisas del renacer vital, aparece abril, dispuesto a dar mayor empuje a la Naturaleza:

*Puis, lorsque sa besogne est faite  
Et que son règne va finir,  
Au seuil d'Avril tournant la tête,  
Il dit: «Printemps, tu peux venir».*

A su vez, cuando canta la proximidad de la «flora tempranera», Juan Ramón Jiménez improvisa los siguientes versos:

*Ya marzo ha dibujado  
en el linón celeste  
y estirado  
del ambiente, la flora tempranera  
que ha de bordar la primavera.*

(11) Lo que Miguel Angel Asturias dice de su amigo Neruda, premio Nobel de Literatura en 1971, puede aplicarse a todos los grandes poetas, a saber, que sus poemas «han sido elaborados con las aportaciones de la tierra y del alma». No solamente con los elementos terrígenos, sino también «con el elemento captador», porque «el poeta une lo que el alma capta más allá de lo visible, en ese invisible que rodea todas las cosas y las hace de fácil trasposición la poesía». *Pablo Neruda visto por Miguel Angel Asturias*, ABC de los Domingos 5 de Marzo de 1972, p. 10.

*Y en la mañana agreste  
y cruda,  
salta por el ramaje  
la primavera, niña errática y desnuda.  
Va a ofrecer a la vida un nuevo traje,  
y busca inspiración en el paisaje.*

Para Ronsard, el poeta más destacado de *La Pléyade*, en la flor del espino radica el primer anuncio primaveral. En sus ramas anida el ruiseñor, y el poeta suplica al arbusto que nunca se deje vencer por los elementos adversos:

*Or vis, gentil aubépin,  
Vis sans fin,  
Vis sans que jamais tonnerre,  
Ou la cognée, ou les vents,  
Ou les temps  
Te puissent ruer par terre (12).*

También Lizardi hubiera podido haber prestado su benévola atención al espino como símbolo primaveral, ya que, además de no escasear en nuestro suelo, ha sido considerado como un arbusto sagrado. Se dice que nunca cae el rayo en las viviendas en que se colocaron, el día de San Juan, crucecitas fabricadas con la madera de sus ramas, y ello porque en cierta ocasión, para guarecerse de una tormenta, la Virgen María se valió de ellas. La Virgen del Espino, en nuestro país y fuera de él, es una devoción mariana bastante conocida. Por otra parte, el nombre que le conviene en euskera, *elorri*, evoca el de la nieve, *elurra*, sin duda porque ocurre a veces que las primeras flores del arbusto coinciden con la caída de los últimos copos de nieve...

Para Lizardi, el árbol más representativo del arranque vital que transforma cada año la faz de la tierra; es el manzano en flor —*sagasti-lore*—. Cuando llega el mes de mayo, es tal la cantidad de flores blancas que cubren el árbol, que parece que en él se ha posado una gran bandada de mariposas; a su alrededor, en el prado, las florecillas se multiplican como bolas de granizo que se resisten a deshacerse:

---

(12) El soneto de Théophile Gautier, dedicado al mes de marzo, lleva por título *Le sourire du Printemps*. El de Ronsard, dedicado al espino, *A l'Aubépin*. En cuanto a los versos de Juan Ramón Jiménez, van encabezados por *Preludio*.

*Sagasti-lore, sagasti zuri,  
inguma atsegin iduri,  
elurte arian geldia.  
Ezin urtuzko txingor ugari,  
azpi gizenean duk nabari  
zelai-bitxizko lore dia...*

Nuestro poeta se place en señalar otras manifestaciones del revivir de la Naturaleza: el follaje del hayedo, heraldo de los bosques: *baso zabalen aitzindari*; las estridencias del grillo a la puerta de su residencia subterránea: *lurrezko yauregi-atean*; las plantas del trébol que, en su alegría, parecen entregarse a una danza báquica, irguiéndose cual copas de vino: *dantzari-talde Baco'tiarrak...*, *ezku goituan ontzia ardo*. Sin ambages nos dice Lizardi que, si prefiere fijarse en el manzano en flor, es porque la plenitud de brotes que se ven en su ramaje proclama que la primavera equivale a un maravilloso parto —*bizi erditze zoragarri*:

*Txuriaz nâsi, pipil gurien,  
ler-gabe-lore zabal-zorien  
gorriaka, nabari duk sarri,  
odol-tantoak antzo... Begira:  
erditze baten aztarnak dira:  
Bizi-erditze zoragarri!*

Los tiernos capullos, cual gotas de sangre que las florecillas apenas disimulan, se hallan a punto de estallar, como si obedecieran a la presencia de una mano todopoderosa, dispuesta a esparcir a boleo mil clases de bienes por los bosques y prados:

*Ibil, txoriok, ta kanta alaiki,  
Negu agurea illa da, baiki,  
lurra soil baitago elurrez:  
oro dezaken esku narroak  
erein baititu zuaitz-soroak  
ogi berriaren apurrez...*

Todo cuanto en el manzano constituye una gran promesa primavera, luego, a lo largo del estío, se convierte en una espléndida realidad: las ramas del árbol se doblegan hasta el suelo, cargadas por una enorme cantidad de frutos ofrecidos al astro del día; cierta quietud del ambiente no puede disimular la presencia de una madurez, de la cual son expresión las manzanas, que paulatinamente van cayendo al suelo por su propio peso:

*Egonean daude zuaitzak ere...  
Sagarrak eskuan ditu igaliak  
Eguzki erregeri eskeñiak:  
geldiak gizendu, egonak goza;  
nagiak noizpait yalkiaraz bitza...*

Entretanto, hay que llenarse de gozo y cantar a la primavera en el manzano que se ha vestido de fiesta, valiéndose de un ropaje que llamea en una savia que tiende a reventar en la enramada:

*Bekik iretzat oiú alai au:  
sagasti, iretzat; bereizki bai'au  
yaiez yantzi zorna berriak!  
Bizitza duk agiri garretan...  
Bizitza, ler-berri, adarretan...  
Igan dik sort-ogea Udaberriak! (13).*

## ANDRE-LURRA

La deificación de la Tierra como generatriz de los bienes que aseguran la subsistencia humana, ha sido un hecho general en las creencias de los pueblos agricultores. Esa divinización quedaba plasmada en un personaje femenino, cuyo culto iba acompañado de ciertos ritos mágicos destinados a favorecer el trabajo de gestación que se efectúa en el seno de la tierra. Algunos de esos ritos tenían un carácter lascivo, frente a los cuales, en lo que a la religión de los cananeos se refiere, se hallaban en abierta oposición los hebreos, adoradores del Dios único, *Sacra Priapi, Aediculum effeminatum*, venían a ser los lugares en que se rendía culto a la Astarté cananea, equivalente a la Ashtar de los fenicios o la Ishtar de los babilonios. Al referirse a esa divinidad, dice el profeta Isaías que se empleaban para su culto simulacros de árboles hincados en tierra sin raíces, pero con muchas ramas, para cuyo fin se utilizaban árboles coníferos (14).

También Lizardi se place en ver venir a la primavera como una muchacha vestida de azul:

(13) Para las citas de los poemas de Lizardi nos valemos de la edición de *Biotz-begietan* por la casa Valverde, ilustrada por Ayalde. La composición *Sagar-lore*, es una de las que integran el poema dedicado a las estaciones del año, *Urte-giroak ene begian*, p. 92-99.

(14) Isaías, XXVII, 9.



*Udaberri, uste-ezik,  
arke dut basoan  
neskatxa da, ta urdiñez  
yantzia ziyoan.  
Urdiña yazkia, ta  
begia areago:  
alakorik itsaso  
barean ez dago.*

Sus ojos, más azules que su vestimenta, tienen un color más bello que el del mar sereno; y cuando se deja ver en medio del bosque, no cabe objeto más digno de contemplación y éxtasis:

*Biluzik zan basoa  
negu-ondarrean,  
Neskatx urdin-yantzia  
bertara danean.  
Zebillela, ats epel bat  
usaiez yoria  
dama, ta adar beltzetan  
erne da bizia.*

Todo el renacer primaveral se debe a su hábito —*ats epel bat*—, tan suave y fuerte a la vez, que, en forma de savia, produce vida hasta la última extremidad de las ramas. Todo es encanto en ella, y para los ojos hambrientos de belleza, sólo cabe saciarse ante su presencia:

*Begi eder-goseok  
ase zakidate,  
iñun ezpaiditake  
ederrik au beste...*

Al principio, el bosque va revistiéndose muy lentamente —*bakanbakanka lenen*—; luego el follaje se impone rápidamente —*sarri sarri, gero*—. Entonces es cuando el astro del día transmite su ósculo a la selva, como si fuera una recién casada que sabe estremecerse, con una sonrisa mal disimulada:

---

(15) El poema lleva por título *Neskatx urdin-yantzia* — La doncella vestida de azul — *op. cit.*, p. 38-45.

*Eguzki, itzul berriak,  
 (maitari goiztarrak)  
 munkatu du basoa  
 (munkatu senarrak).  
 Emazte ezkon berria  
 dala uste basoa...  
 Aren dardar emea,  
 aren par gozoa!*

La idea de que existe un maridaje entre las energías superiores y las de la tierra, se revela en las creencias y prácticas de muchos pueblos agricultores. En todo caso, las más antiguas civilizaciones lo han expresado elocuentemente. Así, en Babilonia, la imagen de la diosa Ishtar solía ser conducida, en la época primaveral y con un ceremonial solemne, a lo más alto del *zigurat* o montaña artificial, verdadero jardín colgante, donde radicaba el templo y la estatua de Marduk. La prostitución sagrada se practicaba, con fines mágicos relacionados con el rendimiento de la tierra, no sólo en Ur, ciudad caldea, sino también en localidades cananeas. Sobra decir que los profetas de Israel se manifestaron siempre en contra de esas prácticas que degeneraban inevitablemente en vicios execrables (16).

En nuestro ambiente, tanto la toponimia como las consejas relacionadas con Mari, divinidad telúrica, nos hacen ver que su residencia habitual eran ciertas cavernas, de donde salía en momentos determinados del año para trasladarse en forma de estrella fugaz o carro de fuego —*Marimunduko*—, de una cumbre a otra; por ejemplo, del Oiz al Amboto o a Murumendi, o también de las peñas de Aya al Jaizkibel. Cuando se dejaba ver, la gente sentía un gran alborozo, pues ello era signo de que las cosechas venideras serían ubérrimas. Es evidente que ese viaje aéreo iba orientado hacia las cumbres donde radicaba el dios supremo *Urzi* u *Oste*, con el cual tenía mucho que ver nuestra divinidad femenina que encarnaba el rendimiento de la tierra (17).

(16) El catedrático Juan Errandonea ha estudiado a fondo el problema de la hierogamia en el marco de la religión de Sumer, y en contraposición a la religión monoteísta del pueblo de Israel, en su magna obra *Edén y Paraiso*, en que trata de dar a conocer la significación de los capítulos II y III del *Génesis* en el ámbito cultural del Próximo Oriente antiguo, entre el Tigris y el Eufrates, que es donde se dio la primera forma de civilización agrícola.

(17) Acerca de Mari y sus relaciones con genios de distinto sexo: J. M. de Barandiarán, *Mitología Vasca*, p. 89-91, Madrid, 1960.

De intento hemos dejado de reproducir más arriba los últimos versos del *Preludio* que Juan Ramón Jiménez dedica a la primavera que viene para ofrecer «a la vida un nuevo traje». Lo hace obedeciendo a exigencias apremiantes, pues entonces...:

*Hilos sin fin vienen a ella;  
y cuando rompe el sol, aurora  
llama, y lo pasa todo con sus surtidores,  
le transparente a la doncella  
—oh recuerdo de ayer, hoy de otros colores!—  
su bordado de verdes y de flores.*

Ciertamente, esa conjunción del cielo con la tierra en el misterio genésico del cosmos, no podía ser expresada con mayor delicadeza que la que encierran los versos del gran poeta de Moguer.

## MENDI-GAÑA

El culto de Astarté no fue obstáculo para que Baal hiciera las veces de Señor del mundo, viéndose identificado más de una vez con el rey del día, fuente de toda vida y de toda luz. Sabido es que los israelitas hicieron del Altísimo el objeto único de su religiosidad monoteísta a ultranza. A pesar de ello, no dejaron los elementos cósmicos de ejercer cierto atractivo para su sensibilidad, según nos lo da a entender el siguiente texto de Job, al hablarnos de una de sus tentaciones: «Si mirando el sol en su resplandor y la luna en su caminar luminoso, mi corazón se hubiera dejado engañar secretamente, y les hubiera enviado con la mano un beso de mi boca —lo cual no dejaría de ser grave delito—, habría negado al Dios que está en lo alto» (18).

El Zeus helénico, como el Júpiter de los latinos, campeaba en el firmamento en cuanto *Deus Optimus Maximus*, y su residencia solían ser las cumbres más elevadas, siendo una de ellas el Olimpo.

El Thor de los nórdicos, lo mismo que el Urzi de los éuskaros, era Señor Altísimo —*Jaungoikoa*—, providencia solícita, dispuesta a enfrentarse en todo momento con el dragón causante de todos los males, *Formindargur*, equivalente a nuestro *Erensuge*. Alrededor del santuario de Aralar perviven reminiscencias de esas creencias arcaicas, ya que ha sido corriente admitir que del orificio que se halla

(18) *Job*, XXXI, p. 26-28.

en el interior de la iglesia, salió un *Erensuge* que, después de entablar una lucha, fue vencido por el arcángel San Miguel. Se admite que, desde entonces, se puede alcanzar del cielo todas las gracias apetecibles, previa recitación de un credo teniendo la cabeza metida dentro del agujero.

La emotividad entrañada en algunos poemas de Lizardi, nos permite percibir la íntima añoranza que ha mantenido el ser humano al creer que en las cumbres, lejos de las miserias y pruebas de todo género, cabe participar de la felicidad de los dioses. El poeta nos dice que ama la altura tanto como la luz y que, si fuese ave, se dedicaría a volar de una cumbre a otra:

*Maite ditut gallurrak  
argiak ez beste...  
Ai, egaztia banintz  
gaiñik gaiñ nenbilke!*

Se pregunta si esa atracción que ejercen los montes no se debe a que en ellos habitan las hadas. En todo caso, es indudable que en las alturas, gracias a la caricia de los primeros rayos solares, a la vez que un ansia de inmortalidad, se descubre la secreta flor de la felicidad:

*Egiz, maitagarriak  
dituk ire basotan?  
Egiz, duk arnaskai bat  
ezilkortzen duna?  
Egiz, eguzkiaren  
lendabiziko muñaz,  
sortzen dik zorunaren  
lore ezezaguna?*

Cabe sospechar que, en la proximidad de los ángeles, la montaña constituye algo como un peldaño del Altísimo, ya que basta subir a cierta altura para percibir el inmenso poderío del Creador:

*Nik amesten bezala  
ote aiz mendi-gaña?  
Goi-Jaungoiko malla?  
Gotzonen urbilgo?  
Egiz, Yaungoikoaren  
esku ta aunditasuna  
ote dituk or goitik  
sumatzen bertago?*

Es tal la paz de alma que se alcanza en las cumbres, que el poeta se aventura a pedir al cielo que le arranque de este valle de lágrimas —*negar-aran beltz oni*—. ¿Súplica momentánea o presentimiento de un final prematuro, cual fue el de Lizardi? Se ha dicho que el poeta tiene algo de profeta, porque al moverse mentalmente en un mundo de intuiciones, es capaz de alcanzar ciertas premoniciones:

*Ire goi urdiñaren  
une lañotsupean  
bêko trikerkerion  
azkaia ba'legok,  
arren, mendi maitea,  
negar-aran beltz oni  
kendu nazakiok (19).*

También en forma de súplica, al finalizar el poema dedicado a las cuatro estaciones del año, dice que, en una mañana otoñal, espera poder despertarse en la plenitud divina:

*Ta udazken-atsarreko goiz batean  
esnatu nadi Yaunkozko Betean (20).*

No llega a tanto su demanda cuando se dirige a la Naturaleza desde la ventanilla de un vagón de ferrocarril. Contempla el paisaje con embeleso, viendo destacarse en él a un labrador que se le antoja como un gigantón —*gizandi bat iduri*—. Piensa que, a cambio del sustento de cada día, se entregaría gozoso a las faenas campestres, lejos de la ciudad... Pero sabe que eso no puede ser, y se contenta con dirigir a la tierra de sus amores el saludo más entrañable:

*Oi ene lur  
ba'ninduzu zerea,  
zu landu, ta  
zure sariz asea.  
Bañan, ezin:  
bêko bear goriak  
narama... Agur  
soro, sagar, mendiak... (21).*

El sentimiento de exaltación que se adquiere en la cima de los

(19) Lizardi, *op. cit.* (*Mendi-gaña*, p. 14-17).

(20) Lizardi, *Ibid.*, p. 115.

(21) Lizardi, *Ibid.*, *Bultzi-leiotik*, p. 46-48.

montes, Emeterio Arrese lo ha sabido expresar en uno de sus mejores poemas, titulado *Artzaiaren abestia*. Todo cuanto nos viene de la Naturaleza nos llena de gozo:

*...oniritzi ta gogoz arturik  
Izadiaren emaya,  
naiko atsegin bertan du noski  
zintzo bizi dan artzayak.*

El primero de esos beneficios es el poder ser testigo del curso solar, desde el amanecer hasta la hora crepuscular:

*Goizean goiz nik begiratzten det  
urrutiko sortaldera,  
ta illun-aurrean ziara dakust  
eguzkiaren sarrera...*

El poder dominar el espacio, como lo hace el águila, es otra de las satisfacciones propias del pastor: *arrano batek lezaken eraz ikusi oi det urruna: / itsaso zabal, ibargi nara, / baserri jator, txukuna...*

Una comida sana a base de leche y buen potaje —*esne ta baba txit nara*—; el agua límpida y un sueño placentero representan otros tantos beneficios dignos de ser señalados:

*Egarri banaiz, urbegia  
poil-poilka beti maitaro,  
otorduetan janari ona,  
gauean berriz lo ta lo...*

Cuando por la mañana, después de una breve plegaria, el pastor abre al rebaño las puertas del redil, siente en sus adentros una alegría semejante al del cordero lechal:

*Goiznabarrean era xamurrez  
otoi ezitsu garbia  
egin ondoren, idikitzen det  
bordagaraiko esia;  
larrean pozez yausika dabil  
artalde bikain txuria,  
ta nere barren bildotx antzera  
biotz esnatuberria.*

Con un corazón puro y alegre, lanzando sus *irrintzis* donde le place, sube por atajos hasta las cumbres, tropezando a veces con

algunos dólmenes, testigos de tiempos que fueron. Entonces no puede evitar de dirigirse al Altísimo para expresarle su reconocimiento:

*Goiratu nadin kolko ta zangar  
sendoak dauzkak aldakai,  
laister-bidetik igo ta goren  
irrintzika nabil noiznai,  
Il-obi zarrez betea dagon  
mendi-mendiyan ardizai  
Yainko'ri esker ondo bizi naiz.  
Nere biotzak beti jai! (22).*

## NEGUA

En su magna obra dedicada al *Carnaval*, Julio Caro Baroja nos dice que, en la antigüedad, los pueblos europeos tan sólo conocían dos estaciones del año; el verano y el invierno. Los celtas y los germanos tenían dos grandes festividades, que correspondían al comienzo y al final del estío. Eso es lo que revelan, a su vez, los términos que en euskera empleamos para significar la primavera, *udaberrri*, «comienzo de verano», y *udazken*, para el otoño, «fin del verano» (23).

De acuerdo con la mentalidad arcaica, para Lizardi el invierno comienza en otoño, pues ya entonces, habiéndose despojado de sus galas y habiendo dado sus frutos, la Naturaleza presenta una palidez de muerte, con unos ojos muy apagados:

*Andre Lurrak, jaulki ditu igaliak,  
zurbil dauka arpegia, itzal begiak.*

La palabra *negu*, para expresar el invierno, es simple variante de *nagi*, cuyo significado es fatiga, apocamiento, parálisis. El poeta también siente todo ello en sus adentros sobre todo cuando intenta subir al monte y percibe el chasquido de la hojarasca bajo sus pies:

*Kemenak uts eta nekez bainoa,  
zalantza dut zârtu naizelakoa...  
Udazkenak aulagotzen dit atsa  
orbelak ozenagotzen oiñ-otsa,  
aldapak larrigotzen biotza...  
Lênetan ez bezin autsia natza.*

(22) Emeterio Arrese, *Olerki berrizte*, p. 21-25, Zarauz, 1952.

(23) Entre los celtas de las Galias, las dos fechas de comienzo y fin de verano tenían lugar el 1 de mayo y el 1 de noviembre, y llevaban en irlandés los nombres de *Cétsaman* y *Samhain* respectivamente. Existen también en

El aspecto tan bellamente policromado que ofrece nuestro paisaje en la época otoñal, bajo la acción del viento sur, el mago del País Vasco, al decir de Pierre Loti, no parece tener particular encanto para nuestro poeta. El color cobrizo de los helechales, contrastando con el verdor de los prados, se le antoja «roña en la corteza terrestre, percibida acaso a través de un golpe de sangre en los ojos»:

*Lurraren azala erdoitua da,  
ala dut odola begietara?*

En el susurro del viento cree oír un lamento, y no se resigna al silencio de las aves ni a la muerte del ruiseñor. Es tal su desazón anímica, que para él es como si el día se hubiera hecho noche:

*O zein dan ituna bêra-bear au!  
Nik ez nai eguna biurtzerik gau!*

Añora el pasado inmediato cuando la luz era dueña del mundo y oye todavía el eco de su voz en su alma:

*Giroen argia galtzerakoan  
lên-ciartzuna dut ozen gogoan.*

Ya no hay trazas de un renacer cualquiera —*berbizte*—, y menos todavía de plenitud —*indar-bete*—; todo tiende a deshacerse en un ambiente de desolación. A pesar de esa tristeza que invade su alma, pide al Señor que una y otra vez pueda contemplar la flor simbólica del argomal:

*Ikus bezat, Yauna, bein ta berriro  
otalore eziñegona...*

También espera con cierta ilusión que el joven mazanal, lleno de flores, vuelva a demostrar que en él radica la cuna o lecho natal del renacer primaveral:

*Bekusat sagasti gazte elurgiro,  
udalen-sortoge dana.*

Gracias al cielo, el ciclo cósmico se irá dando sin remisión. Por ello, los robles, con sus raíces hundidas en la tierra y sus extremidades cuajadas de yemas, se muestran resistentes, absorbiendo zumo para el próximo revivir:

---

euskera los términos de *bedats*, para la primavera, y *larrazken*, para el otoño, poco utilizados. Lizardi emplea la palabra *udalen*, cuyo significado corresponde exactamente a *udaberrri*, «comienzo de verano».



*Orrengatik daude  
luze luze egiñik  
artean oñak illunik,  
azken-arbazta-begiez  
udaberrirako  
ornitzen biziez.*

De hecho, ante la magna realidad cíclica de la vitalidad cósmica, no cabe sino considerar el invierno como un momento de descanso, de sueño placentero —*eder loa*—, aunque ofrezca apariencias de muerte —*eriotzaren anaitzakoa*—. No en vano uno de los nombres euskéricos que convienen al mes de diciembre es *lotazilla*, mes del sueño:

*O, zein aizen eder loa!  
eriotzaren anaitzakoa,  
bizitzaren urloa! (24)*

## GAUA

Hoy nos cuesta creer que la sucesión de los días pudiera contarse por las noches. Así fue en la antigüedad, y el léxico vasco da fe de ello. Si para significar «el día de hoy», en las zonas continentales del País Vasco se utiliza la palabra *egun*, «día», en todo el resto del país se emplea la voz *gaur*, «noche». En cuanto a los términos de *bigar*, *bigaramunian*, para expresar «el día siguiente» —literalmente «dos noches», *bi gaur*— son de un empleo general.

Puesto que la luna, con sus distintas fases, servía para señalar las semanas y los meses del año, era lógico que la noche fuera la base del cómputo del tiempo. El hombre primitivo, proyectado de lleno a su entorno cósmico, hallaba en el firmamento nocturno un espectáculo y un misterio más vivos que durante las horas del día. La luna, en su lento caminar y con sus cambios de aspecto, puede

(24) La visión otoñal del paisaje en Lizardi corresponde a principios de noviembre: *Azaro-léna*. Es la última de las composiciones de *Urte-giroak ene begian*, *op. cit.*, p. 105-115. Aunque esa visión sea ya invernal, al invierno como tal va dedicada la primera de las cuatro piezas poéticas, con el título de *Bizia lo* —la Vida duerme—. El poeta contempla la Naturaleza a mediados de febrero, cuando no hay más signo del próximo renacer que la presencia de la flor del argomal: *Otalorea, bakanka, / goitzxo karrasi-ka, / Udaberriari deika*. Grito aislado que tempranamente clama por la Primavera. Los últimos versos revelan resignación y conformidad ante lo inevitable de esa muerte aparente que, en definitiva, equivale a un «remanso de vida»: *bizitzaren urloa*.

ser contemplada a placer, así como las estrellas, mientras que el astro del día no aguanta que se le mire de frente.

Por otra parte el ser humano ha tenido conciencia de que la luz surgió de las tinieblas; el ser, del no-ser; el cosmos, del caos, no ya por azar, sino por la acción del Verbo creador, una llamada divina que, con su soplo o espíritu, lo moldea y ordena todo. Un excelente poeta canario, Manuel Lantigua, ha sabido expresar esa idea con los siguientes versos:

*Cuando en semilla existía  
el mundo que Dios creó,  
entonces todo era noche,  
todo era sueño, sopor.  
El mundo era semilla,  
el mundo era embrión,  
un huevo que estaba puesto  
sin ninguna evolución.  
Eran simientes los átomos,  
eran potencias desnudas  
sin acción ni pasión,  
una idea concebida  
sin salir al exterior.  
no había tiempo ni espacio,  
ni existía la extensión.  
Eran trueno de un relámpago  
que enciende el Verbo de Dios;  
el trueno aún no sonaba  
y el relámpago brilló.  
Entonces era la noche  
del mundo que Dios creó (25).*

(25) Manuel Lantigua López, *Flores de mi huerto*, p. 10-11. Las Palmas de Gran Canaria, 1969. Este mismo poeta se place en destacar el dualismo entrañado en todas las manifestaciones de la vitalidad cósmica:

*Nace la luz, no del choque  
sino de la mutua atracción,  
de la atracción de los sexos,  
macho y hembra es la Creación,  
porque todo lo creado  
necesariamente es dos.  
Dos son todas las criaturas,  
tres y uno sólo Dios.  
¡Oh, la atracción de los átomos  
hasta vestirse en flor,  
que luego se va apagando  
ya consumada la unión! Ibid., p. 97.*

En el último de sus poemas, de belleza incomparable, cuyo título es *Arrats gorri* —Rojo atardecer—, Lizardi se propone destacar el empuje vital que se disimula en la oscuridad nocturna. Siente la necesidad de poner en evidencia esa realidad, pues sabe que con ello conseguirá apaciguar el ánimo de la persona amada, cuya sensibilidad tiende a la melancolía cuando se apaga la luz del día:

*Zerk goibeltzen zaitu, maitea, arratsero,  
aizea ta txoriak atertuz gero?  
Begi zabaletan zerk edatzen dizu  
gandu delako ori, erdiz nigar ta izu?*

Se resiste el poeta a que los arreboles vespertinos provoquen decaimiento en el objeto de sus amores, como si al ocaso del día correspondiesen presentimientos de muerte:

*Beldur naiz, eneño, arrats gorriotan  
erio-oxkirria dabiltzun zaiñetan.  
Egun begi-urdirin iltzer dagola-ta,  
arengana zauden maitez ukituta.*

Es cierto que el mar también experimenta un gran cambio cuando el sol, convertido en bola ardiente, se pierde paulatinamente en el horizonte. Entonces la superficie marina viene a ser nube vaporosa, dejando de reflejar los tintes variados del firmamento diurno:

*Begira: Izkain'eruntz txingar borobilla  
noiz egingo dago uretan murgilla,  
ta noiz txirtxir-otsez itsaso gorria  
biurtuko hurrunezko odei zuria...*

Pero no se trata de perder la mirada sobre la superficie del mar, sino únicamente de ahuyentar para siempre ese decaimiento anímico que, sin razón suficiente, se place en anidar ella, la criatura amada. Con ese fin, el poeta improvisa un relato mítico cuyos protagonistas únicos son el Día y la Noche. Comienza diciendo que, aunque la luz del Día se crea inmortal, no puede evitar de dejar paso a la Noche que llega sigilosamente para enseñorearse de la Tierra:

*Eguerdiz gero, zalantza da, larri;  
buru orailean azkura du sarri;  
atzera so, ta illaunki, aldapa bêra  
Gaua darraikio ludiaz yauntzera.*

Cierto es que el Día no se resigna a verse postergado sin pro-

testar resueltamente, prendiendo fuego a densos nubarrones. Pero, muy a pesar suyo, se ve obligado a dejar paso a la Noche, oyendo lo que ésta le dice, a saber, que en el origen del mundo ella es anterior a todo cuanto fue creado:

*Gauaren aginduz, orra sua itzali.  
Itz ok bota dizka Egun yoanari:  
«Ai Eguntto txoro, ez ezagun ama,  
Lên uts sakonean Bakar nindukana».*

El poeta entonces predispone a su amada a que atienda al siguiente pregón de la Noche: «No debéis abrigar los hombres temor alguno en cuanto a mí, pues en mi seno encierro tantas semillas de felicidad cuantas estrellas enciendo en el cielo, semillas que se convertirán en un porvenir de días innumerables»:

*Lurtarrok, ez beldur. Pake, maitaleak...  
Altzoan dakartzit zorion aleak...  
Altzoan dakartzit izar ugariak...  
Etorkizun-egun berrien aziak.*

Y ya después de haber prestado atención a esa proclama, el poeta y su amada se disponen a gozar de incontables días en que toda angustia habrá sido definitivamente superada. Esa es la súplica que le dirigen a la Noche que se les antoja ahora como una madre generosa:

*«Begi-beltz, oin-illaun, ama Gau naroa,  
ekarkor bekigu zure azaroa;  
egun begi-urđin betoz ugariak  
gure elkarmin onen gaiñezkagarriak (26).*

Esa visión de las horas nocturnas como foco de fecundidad vital, coincide con el sentir de la religiosidad arcaica, ya que, en las reli-

---

(26) El poema tan bello de Lizardi figura en último lugar de *Biotz-begietan*, p. 140-145. De él, en el prólogo del libro, Orixe escribe lo siguiente: «He aquí una versión original del Día y de la Noche. Estando al atardecer con su amada, ve que a ésta se le entristece la mirada. Para alegrarla, le recita un cuento: es la explicación de la Noche y del Día.

«La noche es la madre del Día, Madre de todos los días que fenecen. La noche siembra en la penumbra multitud de estrellas que son semillas que se convertirán en soles.

«El desenlace (exitus) es nuevo y jocundo. Esta pieza poética, junto a las cuatro dedicadas antes a las estaciones, forma un quinteto bellísimo que acredita a Lizardi como poeta de la Naturaleza». *Ibid.* XXIII-XXIV.

giones naturalistas, la noche, con su gran compañera que es la luna, ha sido considerada como fuerza creadora. Dice el profesor Eliade que el hombre, al reconocerse en la luna, fundó la primera forma de antropología. Mas no sólo una antropología, dirá, a su vez, Alvarez de Miranda, sino también una cosmobiología, ya que de ella dependen la fertilidad del mundo vegetal los ritmos cósmicos, el régimen de las lluvias, las mareas, la fecundidad, y todo ello en cuanto experiencias religiosas (27). Sabe el poeta —en este caso, García Lorca— que las fuerzas germinativas del agua dependen de la reina de la noche. Árboles como el mirro, la acacia, el pino y el sicómoro se hallaban vinculados con el culto lunar, en cuanto símbolos de la capacidad generadora de nuestro satélite. Pero, debido a la ambivalencia de todo cuanto existe, ella puede también mostrarse arbitraria y caprichosamente, y entonces:

*Están los cauces secos;  
los campos sin verdes;  
y los árboles mustios,  
sin ramas y sin hojas (28).*

Sabido es que por vivir en la linfa sometida a la luna, las plantas acuáticas han sido consideradas como otros tantos símbolos lunares. Así lo ha entendido la mitología y así canta García Lorca: *Las orillas de la luna / pierden juncos, ganan voces*. Y cuando Lorca denomina al agua «néctar de luna», coincide —según advierte Alvarez de Miranda— con el concepto védico del «soma» como «néctar lunar».

Por otra parte, además del agua, la sangre ha sido considerada como principio vital y fecundante. El cristiano se regenera y redi-

(27) A. Alvarez de Miranda, *La metáfora y el mito*, p. 64, Madrid, 1963.

(28) El estudio del profesor Miranda se ciñe a la poesía de García Lorca bajo el ángulo de su coincidencia con la mente arcaica, y de un modo más concreto, con los temas de la fertilidad, la fecundidad, la muerte y la sangre como realidades sagradas. He aquí las propias palabras de Alvarez de Miranda: «Lo que llamamos 'poesía' de un poeta contemporáneo, García Lorca, ha sido capaz de coincidir en todo lo esencial con los temas, motivos, mitos de antiguas religiones. Esa coincidencia se debe a que ambos fenómenos, el poético y el religioso, brotan de un mismo coherente sistema de intuiciones sobre la sacralidad de la vida orgánica. Por eso el contenido esencial de los «poemas» de Lorca es una recaída, espontánea e inconsciente, en los mitologemas característicos de la religiosidad naturalística». *Ibid.*, p. 12.

me gracias a la sangre del Redentor recurriendo primordialmente a la inmersión bautismal. Ya en un plano inferior, el de la magia por simpatía, la sangre actúa como fertilizante del mundo vegetal mediante cierta representación de la sexualidad como estimulante del rendimiento de los campos. Ya hemos señalado la importancia del rito de la hierogamia en cuanto fenómeno histórico-religioso propio de las religiones naturalistas de la antigüedad. La muerte cruenta de Osiris y otras divinidades que simbolizaban la acción fertilizante de los ríos o de las nubes, encaja en esa intervención propicia del principio vital que es la sangre derramada en beneficio de la tierra.

El poeta intuye y expresa esa correlación íntima existente entre lo humano y lo telúrico a través de la acción vivificante de la sangre:

*Porque el novio es un palomo  
con todo el pecho en brasa  
y espera el campo el rumor  
de la sangre derramada (29).*

También Lizardi ha penetrado en ese misterio —auténtico misterio que dio origen a las grandes religiones místicas—, pero no se atreve a revelarlo; cierto sentimiento de pudor se interpone:

*Ai, eguzkitara, mutillak al ba'lu  
auzo-soingaiñean burua atsedendu!...  
Baiñan Lotsa dauke tartean yarría,  
naiz, itxuraz, ez den lagun txit lodia.*

---

(29) Ver el tema de la sangre relacionado con la fecundidad y sacralidad en A. Alvarez de Miranda, *loc. cit.*, p. 20-28 y 50-55. «La metábasis, entre sangre y agua, o entre vida vegetal y vida humana, está siempre autorizada, para nuestro poeta, como para la mente primitiva, por el hecho de ser la luna el ingente reservorio de ambas linfas vitales... Al tema de la sangre como fertilizante del mundo vegetal se añade, pues, aquí el conocidísimo fenómeno histórico-religioso de la sexualidad como estimulante de la vida de los campos, sobre el que descansa toda una antigua y persistente serie de ritos agrarios basados en la magia simpática inherente a la cópula humana. El poeta y sus personajes femeninos conocen estas influencias benéficas entre fecundidad y fertilidad; del mismo modo conocen también sus opuestas esterilizantes. Por eso en «Yerma», tragedia de la esterilidad humana, una mujer execrará a «los hombres de simiente podrida, que encharcan la alegría de los campos» y será la propia protagonista, Yerma, que aludiendo a su infecundidad, dirá: «Una maldición. Un charco de veneno sobre las espigas». *Ibid.*, p. 68-69.

## ERIoTZA

Es evidente que la muerte obedece a una ley impuesta por el mero hecho de haber nacido. La muerte, como el dolor, es universal. El drama radica en que el hombre tiene plena conciencia de ello y, por lo tanto, es el único ser que ha podido reaccionar, no sólo tratando de prolongar los días de su vida, sino también estableciendo ciertas representaciones mentales en algún modo consoladoras. Así vemos que la pervivencia de una familia, a través de las generaciones, ha tenido una motivación mística, tanto como razones socioeconómicas, cual ha sido el culto de los antepasados, asegurándoles las plegarias, las ofrendas y libaciones a que son acreedores en cuanto genios tutelares.

Ese entroncamiento de la familia con la casa a través de la religión doméstica de los dioses lares, trae como consecuencia inevitable el que todo individuo adquiera su plenitud en su descendencia. La mujer y el hombre no son personas más que cuando ven a sus hijos en condiciones de constituir a su vez una auténtica familia. De ahí el que en todas las sociedades agrarias el solterón o la solterona, así como la mujer estéril, hayan merecido cierto mal disimulado desprecio (30).

En el refranero vasco vemos que se enaltece la condición de la madre que es siempre «una buena hierba»; *Ama, belar ona*. Aunque joven, la madre es verdadera dama: *Ama, gazte intzanean, dama*. Cuando una hija le pregunta a su madre en qué consiste la condición de casada, ella le contesta que en hilar, parir y llorar: *Ama, zer da ezkontza?* —*Alaba: irutea, erditzea ta negar egitea*. La verdad es que, antes de casada, la joven se muestra descontentadiza, mientras que ya después se da por satisfecha: *Ezkondurarte larri; ezkondu gero parregarri* (31).

(30) Las voces euskéricas de *neskazarra* y *atsua* o *antzua* aplicadas respectivamente a la soltera y a la mujer estéril, revisten menosprecio. Pero había algo peor en el ambiente de la vida familiar centrada en la perpetuación de la casa, y era el adulterio por parte de la mujer. A ese respecto escribe lo siguiente Fustel de Coulanges: «Entonces todos los principios de la religión doméstica quedaban mancillados: el hogar se hacía impuro; el culto, las ofrendas y la sepultura se veían envueltos en una gran impiedad. Ya la serie de los descendientes quedaba anulada. Por ello, una de las leyes de Manu denunciaba: 'El hijo adulterino en esta vida y en la otra reduce a nada las ofrendas dirigidas a los manes'. Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, p. 106-107, París, 1924.

(31) Son innumerables los adagios publicados por Azkue y que tienen

De los personajes femeninos que aparecen en las obras teatrales de García Lorca, dice Alvarez de Miranda que «son sublimes mujeres disparadas hacia la nupcialidad y la maternidad, obedeciendo a un fenómeno normal de docilidad, y mejor aun de fidelidad a los imperativos de la vida... Romper el maleficio de la esterilidad, equivale para la feminidad arcaica entrar en comunión con la vida que nos salva... Para la mujer de la antigüedad, sólo la nupcialidad es la entrada en la vida propiamente dicha» (32).

Si la esterilidad implica desengaño y amargura, pues vivir sin descendencia carece de significación, la muerte de uno de sus hijos representa para sus progenitores un motivo de protesta y de auténtico dolor. Y es que, si la defunción de una persona de edad que ha cumplido su destino, entra en la lógica de los hechos, la de un niño, que es todo promesa, viene a ser algo como el sacrificio inútil de una víctima inocente. Entonces es la voz de la especie la que se hace patente en forma de rebeldía y sufrimiento en el corazón de los padres. La sociedad como tal podrá dar una significación mística a la muerte del héroe, haciendo de él una víctima propiciatoria de la patria o de la humanidad, pero el sentimiento íntimo del corazón humano se niega a ello cuando sufre por la muerte de un ser querido. El mismo Jesús tuvo palabras de protesta cuando se vio clavado en la cruz, y al ver el vacío que dejaba en el corazón de su madre, le señaló a su discípulo preferido, diciéndole: «He ahí a tu hijo».

Lizardi ha sabido expresar el drama producido por la muerte prematura de su Xabiartxo con acentos patéticos. Ante todo se encara con el hado que se ha permitido provocar el mal:

—*Zer duk, eguzki orrek,  
gure ederrena?  
nork min egin, esaidak  
biotz biren zatirik  
maitena...?*

Siendo como es la porción más querida de dos corazones, no se concibe que se le haya podido dañar, ensañándose mortalmente con su cuerpecito: los padres se hacen la ilusión de que, en su quietud, el niño sonrío:

---

relación con la vida doméstica en el ambiente vasco; abarcan más de veinte páginas de texto en el tercer tomo de *Euskalerrriaren Yakintza*, p. 121-149.

(32) A. Alvarez de Miranda, *op. cit.*, p. 69.,



*Itxon! Ustez, arnasa  
baretu zaio:  
parre antx gozo batek  
ezpaintxoek argitu  
dizkio...*

Pero cuando surge la sospecha de que puede ser quietud de muerte, entonces el padre siente que todo su ser se rebela; no admite que tal cosa puede ocurrirle al que es su alegría, su luz y su misma vida:

*Ene! Beldur! ez il, ez,  
arren, txikia!  
Ez yoan, gure poza,  
ez, gure biziaren  
argia!!*

Y al percatarse de que ha ocurrido lo irremediable, de que su hijito ha dejado de existir, no puede contener su llanto más amargo. En lo que a la amatxo se refiere, sus ojos se han convertido en pozos sin fondo de un manantial inagotable de lágrimas: *negar obiak / ondoa yo eziñak*. Entre ella y el hijo de sus entrañas, ya no habrá comunicación de ningún género, ni siquiera para nutrirlo:

*Bular yorit'ik ez aut,  
ene!, ikusiko  
zalapartan edaten,  
gosea aserik baituk  
betiko...!*

Comprende el poeta que sus ilusiones han sido tan frágiles como las alas de una mariposa y tan fugaces como la presencia de unas florecillas silvestres:

*Igan ipiñitako  
amesak, baña  
auskorak ete-ziran  
inguma ta loreak  
ez aña...?*

A pesar de la inmensidad de su dolor, el padre se dispone a reaccionar. Se vale para ello de unos niños que vienen a cantar villancicos ese atardecer lúgubre de una Nochebuena fatídica. La madre se resiste ante los que aparecen con un belén iluminado con

luces rojas y desean hacer oír sus voces. El padre no pone obstáculos, y ella al fin cede. Mientras los muchachitos cantan, sueñan los padres que el alma del niño va camino de Belén, movida tan sólo por el impulso de sus alas angelicales:

*Yaiki, gure maiteena  
Belen'en baita,  
ortzi izartuan zear  
ego bigun arroak  
bultzata...*

Al recordar el canto de paz que nos llega del pesebre donde nació el Hijo de María, sólo cabe adorar al Dios de los vivos y muertos:

*Yo, bai, maiteñoaren  
oroiz, mutillok.  
Gurtu gatzaion Yainko  
aurtxoari biziok  
eta illok... (33).*

Si el fallecimiento de su Xabiartxo produjo en el poeta el dolor más intenso que puede percibir el corazón humano, la muerte de la abuelita también le llegó a lo hondo del alma. Le tiene dedicada una elegía, auténtica obra de arte que, al decir de Orixe, ninguna versión puede dar una idea del logro que representa en euskera. Siente el poeta una pena íntima —*min etsia*— que hace brotar un llanto silencioso —*negar ixila darion miña*—. Mientras el entorno participa del duelo, se oye el caminar de la comitiva fúnebre:

*Ots!  
Ots!  
Bizion oñok.*

Cuatro de sus nietos llevan el cuerpo de la *amonatxo*, uno de ellos el poeta que, apesadumbrado, siente más en su alma que en sus hombros la carga del ataúd: *Besoek ez lan arren / biotzak nekeak*— Ochenta años de vida tuvo la abuelita, larga cadena de alegrías y penas...; pero ahí están sus descendientes para dar fe de que su existencia dista mucho de haber sido un fracaso. Por ello, obsequio de flores le esperan en los collados celestiales:

(33) *Biotz - begietan (Xabiartxo'ren eriotza, p. 22-36).*

*Egun zârrak yoan ta  
berr:ak etorri,  
gaur poz biar oñaze,  
noiz burni noiz zillar,  
zenbaitek ondamendi  
baituten katea  
lore-sorta bekizu  
goi-muñoak zear!*

No acierta a concentrarse mientras dura la ceremonia fúnebre. Su imaginación vuela por regiones etéreas. Cree percibir los pasos de la comitiva que repercuten en su corazón: *Ots! Ots! enegan, biotz!* Luego sueña con que en el firmamento nocturno brilla una nueva estrella, signo de esperanza:

*...ordun, ixar bat biztu  
du nere gau beltzak.  
Begioi malko ixil bat  
dadarka darie.  
Noizbait itxaro-kabi  
biur dan biotzak.*

Al despedirse de la abuelita, le dice adiós hasta el Día Grande *Agur! Egunaundirarte!* Siente, con todo una gran lástima, igual que las aves cuando ven llegar el invierno:

*Biotzean min dut, min etsia,  
zotiñik-gabeko negar-miña.  
Alatsu txoriak, uda-ondo,  
negua du galazi-eziña (34).*

#### CONSIDERACION FINAL

El encuentro de la poesía con los ingredientes fundamentales de la religiosidad arcaica, sirve para demostrar la unidad fundamental que existe en el ámbito racional humano, cuando la mente se ejercita bajo la presión de cierta emotividad acuciante. Las implicaciones intuitivas abarcan la realidad según la plenitud de las significaciones que la apariencia del cosmos ofrece al espíritu humano. Recientemente, un maestro muy destacado de la psicología contemporánea, López Ibor, aludía a la gran semejanza que se da

(34) *Ibid.* (*Biotzean min dut*, 66-80).

entre las creencias de ciertas tribus de indios americanos con los temas centrales de la mitología clásica. A su debido tiempo, Jung estableció la teoría de los arquetipos o figuraciones genéricas del subconsciente colectivo, para explicar el mantenimiento o la aparición de ciertas representaciones pertenecientes a formas mentales que se desvanecieron.

Cabe reconocer que no han sido solamente los poetas quienes han puesto su complacencia en el aspecto vitalista del mundo que nos rodea. Limitándonos a los más destacados compositores, diremos que Haydn y Vivaldi tienen grandes obras sinfónicas dedicadas al orden creado y, más concretamente, a las cuatro estaciones del año. Sobradamente conocida es la *Sinfonía pastoral* de Beethoven, expresión maravillosa de los matices que la mente percibe en la Naturaleza y el encanto que todos ellos producen en el alma humana. Refiriéndose a la *Séptima Sinfonía* del genio de Bonn, dice Ricardo Wagner que nada encierra esa obra sino una sucesión de danzas dionisiacas, para exaltar frenéticamente la vitalidad cósmica. De Igor Strawynski es su famosa *Consagración de la Primavera*, cuyo estreno produjo las más encontradas reacciones, siendo su tema la germinación que se efectúa en el seno de la tierra, así como los sacrificios rituales a que daba lugar en las prácticas de muchos pueblos.

Ya en nuestro ambiente, José Olaizola nos ha dejado una bella composición para coros y orquesta, dedicada a las cuatro estaciones, obra íntimamente sentida que llega a lo más hondo del público. Del maestro Escudero es el poema sinfónico *Aranzazu* que, al lado de los temas marianos propios del santuario, pone de relieve la vida campestre que se desenvuelve profusamente en las faldas del Aitzgorri. En cuanto a los *Preludios Vascos*, del Padre Donostia, cabe señalar lo que veía en ellos Maurice Ravel, auténticas joyas labradas ante uno de los más bellos paisajes vascos, cual es el Valle del Baztán.

Mas no tan sólo los artistas, sino también los hombres de acción han sentido la necesidad de recurrir a la Naturaleza para entresacar de ella motivos de consuelo en medio de sus grandes desengaños. Así, después de la segunda guerra mundial, tuvimos la oportunidad de ver llegar a Winston Churchill al puerto de San Juan de Luz, desde su residencia de Bordaberri, de Hendaya, con el fin de tomar la canoa que le esperaba para adentrarse por la Nivelle hacia Askain. Luego, durante horas, se dedicaba a pintar rincones del

paisaje vasco, olvidando la derrota que le infligieron los laboristas en las primeras elecciones que siguieron a la larga contienda. A su regreso, con un aire bonachón y su puro en la boca, saludaba al público que se apiñaba cerca del dique, con los dedos en forma de V, la de la victoria, de una victoria ganada con «lágrimas, sudor y sangre».

Otro grande de la historia contemporánea, Charles de Gaulle, no ha tenido escrúpulos para dejar escritas sus impresiones ante el espectáculo que le ofrecía el paisaje desde la ventana de su habitación de Colombey-les deux-Eglises, donde se dedicaba a escribir sus *Memorias*. En el tercer tomo de esa obra, el que lleva por título *La Salvación*, tiene unas páginas conmovedoras para describir lo que ven sus ojos: «Fondos agrestes en que la selva envuelve el entorno, lo mismo que el mar embiste el acantilado». Y cuando ve llegar la noche y contempla la inmensidad del cielo, dice que se deja llevar por cierto desaliento ante la insignificancia de los quehaceres y sacrificios de los hombres. Dirige sus pasos hacia un bosque de la proximidad donde todavía cabe oír el canto de un pájaro y vislumbrar la luz crepuscular a través del follaje. Entonces comprende que «la vida desde sus orígenes mantiene una lucha sin tregua en la cual nunca ha salido perdiendo». Esa idea le da ánimos, pues sabe que si todo en la Naturaleza, a pesar de una muerte aparente, vuelve a revivir, los esfuerzos humanos, en el concierto de las energías creadoras, no pueden resultar baldíos, sino que más bien, a través de las generaciones, pueden alcanzar una más elevada significación.

Cree de Gaulle que, para un hombre de edad madura, la vitalidad de la Naturaleza, encierra lecciones de buena sabiduría. En todo caso, puede considerar cada una de las estaciones del año como fuente de ideas conservadoras. Llega la Primavera y parece proclamar: «Sea lo que fuere del tiempo pasado, heme aquí en un recomenzar, clarificándolo todo después de los aguaceros; sintiéndome juvenil, incluso en los árboles añosos y desmedrados, hermo-seando incluso los terrenos pedregosos. La fuerza de mi amor hace subir la savia con una reciedumbre nunca desmentida».

Cuando viene el estío, parece que nos dice: «Me siento glorioso en mi fecundidad, pues soy dadivoso de cuanto sirve de alimento. Con mis calorías consigo dar vida a todo lo que existe. Los cereales, los frutos y los rebaños, inundados de sol, representan otros

tantos éxitos míos que nada puede destruir ¡El porvenir siempre me pertenece!».

En Otoño, la Naturaleza parece suspirar diciéndonos: «Mi tarea se acerca a su término, después de haber dado flores, cosechas y frutos abundantemente. Ahora me repliego sin desprenderme de mi belleza, púrpura y oro, bajo una luz desgarradora. Cierto es que, por desgracia, mis atavíos me serán arrancados por la ventisca y las heladas, mas no por ello los campos dejarán de volver a reverdecer en una nueva juventud».

Y cuando llega el invierno le oímos gemir: «Me siento estéril en mi frialdad. ¡Cuántas plantas, aves y bestias que hasta ahora hallaron cobijo y vida, tendrán que morir, sin que les pueda proporcionar calor ni alimento! ¿Será que la muerte puede más que la vida? ¡No! Y es que calladamente, bajo mi suelo se está efectuando un trabajo profundo, preparando nuevas formas maravillosas de vida y de luz».

La consecuencia inmediata de esa consideración de la Naturaleza en su ciclo anual, es que la Historia humana conoce también momentos de poderío y decadencia. «Las grandes pruebas deben ser otras tantas ocasiones para volver a renacer y revivir. Aunque vencido por los años y los sinsabores, nadie debe dejarse dominar por las tinieblas, sino que debe avizorar el porvenir en medio de albores de esperanza».

Sobra decir que esas palabras escritas por el general De Gaulle, coinciden plenamente con las mejores versos de nuestro incomparable Lizardi. Al servir de remate a nuestro ensayo, la voz de quien se sacrificó por el destino y la libertad del mundo, llegue como homenaje al gran artista que, en el mejor lenguaje eúskaro, supo ensalzar el milagro que la Naturaleza, obedeciendo a los designios del Altísimo, realiza cada año en beneficio de todos los seres que habitan en la superficie de la Tierra (35).

---

(35) Charles de Gaulle, *Memorias de guerra*, t. III, 1944-1946, vers. esp. Edit. Plaza y Janés, Barcelona, 1972.